
El problema de la servidumbre

PID_00283100

Marina Garcés

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 1 hora



Marina Garcés

Filósofa y profesora agregada de los Estudios de Artes y Humanidades de la Universitat Oberta de Catalunya, donde dirige el máster de Filosofía para los Retos Contemporáneos. Impulsora del proyecto colectivo de pensamiento crítico Espai en Blanc, es autora, entre otros, de los libros *Un mundo común* (2012), *Ciudad Princesa* (2017), *Nueva ilustración radical* (premio Ciudad de Barcelona de Ensayo 2018) y, más recientemente, *Escuela de aprendices* (2020).

Primera edición: octubre 2021

© de esta edición, Fundació Universitat Oberta de Catalunya (FUOC)

Av. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona

Autoría: Marina Garcés

Producción: FUOC



Los textos e imágenes publicados en esta obra están sujetos –excepto que se indique lo contrario– a una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada (BY-NC-ND) v.3.0. Se puede copiar, distribuir y transmitir la obra públicamente siempre que se cite el autor y la fuente (Fundació per a la Universitat Oberta de Catalunya), no se haga un uso comercial y ni obra derivada de la misma. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es>

Índice

1. Poder y obediencia.....	5
1.1. El poder	5
1.2. El poder y la resistencia	6
2. Servidumbre voluntaria.....	8
2.1. La hipótesis	8
2.2. Los argumentos	9
2.3. Los contraargumentos	10
3. Servidumbre cultural.....	12
3.1. Adhesión y contrato	12
3.2. La crítica como forma de resistencia	13
3.3. De la salvación a la emancipación	14
4. Servidumbre adaptativa.....	15
4.1. El enigma de la docilidad	15
4.2. Disrupción y adaptación	16
Bibliografía.....	19

1. Poder y obediencia

En pleno siglo XVI, un joven de Burdeos, Étienne de La Boétie, escribió un tratado sobre la servidumbre en el que se preguntaba: ¿por qué obedecemos si podríamos no hacerlo? Se trata del *Discurso de la servidumbre voluntaria* (1549). Cuatrocientos años después, otro joven francés, Michel Foucault, escribió un tratado sobre las formas de vigilancia y captura en la Europa moderna y retomaba la pregunta: ¿por qué somos tan dóciles si cada día tenemos más capacidades y aptitudes? Se trataba del libro, muy conocido, *Vigilar y castigar*. Entre el uno y el otro podemos trazar una historia del poder, pensada desde la relación que establecen con este aquellos que lo obedecen, lo sirven o están sometidos. Durante muchos siglos, la reflexión política se había ocupado del arte de gobernar y se había dirigido a los príncipes y gobernantes, pero pocas veces se había preguntado por las condiciones de la obediencia y de la docilidad. ¿Qué pasa si es el súbdito quien se pone a pensar?

Lecturas recomendadas

Étienne de La Boétie. *Discurso de la servidumbre voluntaria*. Trotta, 2009.

Michel Foucault. *Vigilar y castigar*. Siglo XXI, 2018.

1.1. El poder

Analizando de forma muy técnica las maneras como se ejerce el poder en la Europa de los siglos XVII y XVIII, Foucault detecta un cambio en la manera de conseguir la obediencia de los individuos: ya no se trata de hacerlos obedientes, sino de hacerlos **dóciles**. La docilidad no es una obediencia mecánica, como la del vasallaje o la esclavitud, sino una forma de dominio que necesita potenciar las capacidades de los individuos: es decir, cuanto más aptos, más dominados; cuanto más capaces, más útiles; cuanto más potentes, más eficientes, y cuanto más competentes, más disponibles.

Algunos conceptos clave:

Represión: el poder no ha dejado nunca de ejercer la represión, pero ¿podemos decir que se fundamenta y legitima en la capacidad de reprimir? Dicho de otro modo: ¿el poder es poder porque puede reprimir o si solo pudiera reprimir no tendría todo el poder que tiene? Estas preguntas son las que Foucault dejó planteadas a partir de sus estudios sobre la sexualidad y a partir de los cuales mostró que el poder se sostiene, sobre todo, en la manera como produce la subjetividad (discursos, saberes, representaciones, etc.) de aquellos que están sujetos a este. El poder, pues, no solo es represivo, sino directamente productivo.

Poder soberano: es el que basaba su privilegio en el derecho de vida o muerte. El soberano es la figura jurídica de la potencia de muerte y su símbolo es la espada. Los estados actuales mantienen esta dimensión de la soberanía en la

noción de *monopolio de la violencia* y las correspondientes fuerzas (ejército y policía), pero combinan esta dimensión con otras formas de ejercicio del poder y formas de gobierno.

Biopoder: más allá de la soberanía como poder de muerte, el ejercicio del poder en las sociedades modernas se desarrolla, también, en la forma de administración de los cuerpos y gestión calculadora de la vida, a partir de varias prácticas, disciplinas e instituciones (educación, control de poblaciones, observación económica, intensificación del trabajo, gestión, etc.).

Gubernamentalidad: en la línea tendencial que dibujan los conceptos anteriores, la gubernamentalidad sería el conjunto de las instituciones, procedimientos, cálculos y saberes que permiten ejercer una forma tan compleja de gobierno sobre la población. Su instrumento es la economía política y el principal valor, la seguridad.

Apunte sobre la gobernanza

gobernanza (RAE-ASALE). Arte o manera de gobernar que se propone como objetivo el logro de un desarrollo económico, social e institucional duradero, promoviendo un sano equilibrio entre el Estado, la sociedad civil y el mercado de la economía.

A partir de 1990, con la globalización, se generaliza el uso del concepto de *gobernanza*, en el que la pregunta por el arte de gobernar, bajo la guía de la economía, se encuentra y se confunde con la teoría de las organizaciones. Ya no está la pregunta por la legitimidad que tiene ni por el fundamento de su poder, sino nociones estratégicas e indicadores sobre cómo funciona, en términos de éxito y fracaso.

1.2. El poder y la resistencia

También era Foucault quien decía que donde hay poder hay resistencia. Por eso, la historia de las sociedades modernas es también la del despliegue continuo de formas de insubordinación al poder de la docilidad. ¿Cómo interrumpir el ejercicio de un poder que no encadena sino que endereza minuciosamente todos y cada uno de los comportamientos de la vida?

Resistencia es desobediencia a un sistema legal que convierte en norma la injusticia y la violencia en un monopolio. Ya sea política, civil o penal, no toda legalidad es legítima ni buena ni justa. ¿Cómo empujar y romper sus límites? La tradición de la desobediencia civil no ha dejado de hacerlo, en todos los lugares del mundo.

La tradición de la desobediencia civil toma este nombre y este concepto a partir del ensayo que H. D. Thoreau escribió en 1849, basándose en su propia experiencia, cuando se negó a pagar impuestos como forma de protesta por el apoyo del Gobierno norteamericano a la esclavitud y a la guerra contra México. Muestra, de manera práctica, la hipótesis de La Boétie: que el poder basa su poder en la obediencia que le debemos y que podemos retirarle.

Lectura recomendada

Henry David Thoreau.
Desobediencia civil y otros escritos. Alianza Editorial, 2012.

Resistencia es también boicot y sabotaje, interrupción de la circulación de mercancías, de formas de consumo y de trabajo que organizan el día a día de la docilidad laboral y económica que marca la pauta de la vida cotidiana.

La tradición del sabotaje se remonta a la acción obrera de sabotaje a las máquinas de la industrialización (ludismo) o a la acción directa contra las vías de comunicación (cortes de trenes o carreteras) y más recientemente contra las tecnologías de la información (hacking, etc.). En el año 2008 algunos miembros de la revista filosófica *Tiqqun* y del colectivo Comité Invisible fueron acusados de terrorismo por una supuesta acción de sabotaje en un tren. Libros suyos como *Llamamiento* o *La insurrección que viene* se vinculaban a la defensa de este tipo de acciones.

Resistencia es insumisión. La insumisión es una forma de desobediencia que no solo desautoriza una ley, sino que no acata una orden de incorporación, ya sea al ejército o a cualquier otro cuerpo colectivo organizado jerárquicamente, hoy muchas corporaciones y grandes empresas.

El antimilitarismo es una posición política que desvincula el ejercicio del poder de su despliegue bélico y militar. Se concreta en acciones de desobediencia civil, como por ejemplo la insumisión colectiva o la deserción individual. Concretamente, en España el movimiento de insumisión se inició en 1989 y supuso la represión de más de 1.700 jóvenes. Se consiguió la supresión del servicio militar obligatorio y un cambio de percepción del ejército.

Resistencia es así, también, deserción y fuga. Un *no* que abre un *sí*, un paso hacia un lado que descubre una tierra al margen. El poder de la deserción es desocupar los lugares asignados, incluso los lugares de poder, para crear otros de manera autónoma y siempre inacabada.

La ensayista y pensadora Rebecca Solnit, en su libro *El arte de perderse*, plantea cómo es posible perderse en la era del GPS, de la monitorización de la vida y de la extracción masiva de datos. No perderse nunca es no vivir, dice Solnit, y a partir de aquí emprende la investigación de la pérdida. En otro sentido, pero en la misma línea, el filósofo francés Gilles Deleuze basa una parte propositiva de su filosofía en la idea de «convertirse en imperceptible» como manera de escapar a las categorías de la identidad y de la representación.

Resistencia, finalmente, es desafío. Contra la docilidad, personal y colectiva, la vida como desafío permanente que se levanta, de pie, contra las humillaciones de la dominación, venga de donde venga.

Albert Camus escribía, en *El hombre rebelde*, que la rebelión empieza a partir del momento en el que percibimos un límite que, aunque solo toque a un individuo, afecta a la dignidad de todos los humanos. En la misma línea, el filósofo Santiago López Petit ha dedicado toda su obra a pensar el hecho de querer vivir como un desafío, es decir, como la distancia que se abre entre el ser y el poder, entre la vida como tiene que ser y aquello que radicalmente la expone a sus posibles-imposibles.

Lecturas recomendadas

Comité Invisible. *La insurrección que viene*. Logroño: Pepitas de Calabaza, 2020.

Comité Invisible. *Llamamiento y otros fogonazos*. Antonio Machado Libros, 2009.

Lectura recomendada

Rebecca Solnit. *El arte de perderse*. Capitán Swing, 2020.

Lectura recomendada

Albert Camus. *El hombre rebelde*. Alianza Editorial, 2013.

2. Servidumbre voluntaria

Nacemos dependientes. Pero ¿cómo llegamos a ser serviles? La obediencia natural que vincula las criaturas a sus progenitores, o los más inmaduros a sus tutores, ¿cómo llega a convertirse en una relación social de servidumbre? Más allá de la mecánica de la obediencia, ¿qué nos permite sobrevivir, cómo se aprende la servidumbre, si es que realmente se aprende?

Podríamos decir que si la obediencia es un hecho, la servidumbre es una condición. La primera es objetiva: se obedece o no se obedece una determinada orden, incluso si se está en desacuerdo o en contra. La segunda es subjetiva: es una disposición de sometimiento del sujeto (*súbdito*, también en inglés) respecto al individuo o la institución del cual se deriva la orden. La obediencia se basa en lo que se hace; la servidumbre, en lo que se da. La pregunta es: ¿puede haber una servidumbre involuntaria? ¿O siempre implica algún tipo de adhesión?

2.1. La hipótesis

«Cómo es que esta obstinada voluntad de servir ha arraigado tan adentro que a estas alturas parece que el mismo amor a la libertad no sea tan natural»...¹ Son palabras de Étienne de La Boétie. Precisamente fue este joven francés quien supo explicar muy bien esta condición de la servidumbre: es lo que solo existe sobre la base de lo que se da. «Si no les damos nada, si no les obedecemos, sin combate, sin golpes, quedan desnudos y derrotados y ya no son nada».² Intuye el giro que definirá las sociedades modernas: el paso de la obediencia orgánica, condicionada por el linaje, la comunidad de subsistencia o la ley divina, a la obediencia libre, basada en el libre consentimiento de los individuos. La servidumbre voluntaria, la llamará, con una expresión que ha hecho fortuna a lo largo de los siglos.

⁽¹⁾É. de La Boétie. *Discurso de la servidumbre voluntaria* (pág. 87). Trotta, 2009.

⁽²⁾É. de La Boétie, *op. cit.* (pág. 85).

El consentimiento es la base del contrato social. Pero La Boétie va a la raíz más oscura de este vínculo y pregunta: ¿cómo se crean las condiciones para el consentimiento? ¿Y cómo puede ser que el libre consentimiento sea el alimento de la tiranía? Actualmente podemos hacernos la misma pregunta. La tiranía puede tomar forma de rey, de máquina estatal impersonal, de racionalidad económica o de burocracia managerial..., pero a través de los siglos y de la evolución de las sociedades modernas hacia el neoliberalismo global, la pregunta se mantiene. ¿Qué hace posible la adhesión a las formas de opresión de cada tiempo?

Mucho antes, pues, de la famosa tesis de Foucault que dice que el poder no puede explicarse solo por su fuerza coercitiva y represora, La Boétie ya lo decía así:

«El que os domina hasta este punto solo tiene dos ojos, solo tiene dos manos, solo tiene un cuerpo, no tiene nada que no tenga el último hombre del infinito número que habita vuestras ciudades, fuera de las prerrogativas que le dais para que os destruya. ¿De dónde ha sacado todos los ojos con los que os espía, si no se los entregáis vosotros? ¿Cómo es que tiene tantas manos para heriros, si no las toma de vosotros mismos? Los pies con los que aplasta vuestras ciudades, ¿de dónde los saca si no son vuestros? ¿Por qué no tiene ningún poder sobre vosotros, sino por vosotros mismos? ¿Cómo osaría atacaros, si no tuviera vuestra connivencia?».

É. de la Boétie, *op. cit.* (pág. 86).

No hay fuerza, por lo tanto, que asegure por sí misma el poder ni del rey, ni del padre, ni del maestro, ni de todas sus órdenes y leyes. ¿Cómo se forja, por lo tanto, la connivencia de la que habla La Boétie? ¿Y esta no es la pregunta más oscura de la educación, la que más nos incomoda?

2.2. Los argumentos

No nos lamentamos de lo que no hemos tenido nunca, dice La Boétie. Somos herederos de una posibilidad borrada, hijos e hijas de una memoria oscurecida por la obiedad de la dominación. Siempre ha sido así. ¿Quién ha inventado este *siempre*? Lo que nos hace serviles no es la fuerza del tirano, sino la construcción de un olvido: hemos olvidado la posibilidad misma de una libertad hecha de los vínculos entre iguales.

La Boétie no proyecta un pasado mítico, ni deriva una ley histórica. Se acerca a las prácticas, a las artes y a las maneras de hacer que han construido este olvido: habla de la crianza, de la costumbre, de la cobardía inducida (actualmente la psicología la llama «indefensión aprendida»), de los beneficios y los intereses que genera la proximidad con el poder..., diferentes fenómenos sociales que alteran la percepción del vínculo y sus condiciones, convertidas en inevitables subordinaciones. La servidumbre es una textura en la que se combinan muchos textos: el de los vencidos y el de los vencedores; el de los oprimidos y el de los opresores; el de quienes se aferran a sus expectativas y el de quienes, sabiéndose ya residuos, las han perdido todas.

¿Cómo se transmite un olvido? Un siglo más tarde, Spinoza explicará que lo que interrumpe el camino del conocimiento verdadero que nos permite comprender quiénes somos es la superstición. La superstición no es un impulso atávico o incivilizado. No es el rastro de una cultura antigua. Es una manera sofisticada de desviar el deseo que, una vez que ha tenido lugar, se transmite y se reproduce a lo largo del tiempo en formas diferentes.

Una filosofía de la amistad

La Boétie da pocas «soluciones» a la situación de servidumbre voluntaria, pero apunta la idea de que una sociedad libre de dominaciones sería aquella en la que todos los individuos pudieran reconocerse como amigos o como compañeros. Para La Boétie no se trata de una relación formal o abstracta, sino del vínculo que hace iguales a los desiguales en la medida en que se preocupan y se alegran los unos de los otros.

Hay que recordar que La Boétie está ligado a la reflexión sobre la amistad de la mano de Montaigne, que fue su gran y mejor amigo y que se ocupó de su legado, después de la muerte prematura de La Boétie. Le dedicó el escrito sobre la «Amistad» de los *Ensayos*, y de ahí viene la conocida frase: «Éramos los mejores amigos porque él era él y yo era yo».

Uno de los libros que se considera directamente heredero del *Discurso* de La Boétie es el *Tratado teológico-político* de Spinoza. Para Spinoza, la superstición es la base operativa de la dominación, porque somete los afectos y el conocimiento a relaciones de miedo y de esperanza, es decir, a un sentido de la finalidad que se entiende como un premio o un castigo, un éxito o un fracaso. Podemos ponerlo en manos de los dioses, del azar, de la economía o del hombre sobre sí mismo. Pero en todo caso la lógica es la misma: se atribuye el poder a una causa que determina todas las relaciones y los posibles resultados.

La superstición es la estructura invertida del deseo. Cualquier acción y cualquier vínculo quedan sometidos a esta causa superior y a sus intenciones. El miedo y la esperanza, desde un punto de vista spinoziano, serían las estructuras que someten el poder al horizonte de una finalidad impuesta y sancionable. Desde este punto de vista, la servidumbre no consiste en ser un fracasado o un perdedor, sino en estar dominado por el código del éxito o el fracaso. Las narraciones de éxito, en este sentido, siempre son serviles aunque parezcan dominar su destino e incluso el de los demás.

2.3. Los contraargumentos

El filósofo y activista francés Frédéric Lordon cuestiona que la servidumbre voluntaria pueda ser muy voluntaria. A partir de una lectura de Marx y de Spinoza, analiza lo que él denomina «el escándalo del consentimiento» (¿cómo es que queremos nuestra propia servidumbre?) y propone una crítica de la interacción entre afecto, relaciones sociales y estructuras históricas que permite explicar los mecanismos de la explotación en la sociedad contemporánea.

Según Lordon, las sociedades modernas son fábricas del consentimiento, que basan la legitimidad del ejercicio del poder (económico, político, etc.) en el hecho de que ha sido libremente acordado (y contratado) entre los sujetos. El neoliberalismo sería una versión extrema de este «hacer-desear» dentro de las normas del capital. En este sentido, podríamos contraargumentar que no hay una voluntad de servidumbre, sino una reorganización de los deseos y de los afectos hacia la propia dominación. Podríamos hablar, como también se ha hecho desde análisis diferentes, de la relación entre miedo, dominación y manipulación.

Lectura recomendada

Michel de Montaigne. *Sobre la amistad*. Taurus, 2014.

Lectura recomendada

Baruch Spinoza. *Tratado teológico-político*. Alianza Editorial, 2014.

Lectura recomendada

Frédéric Lordon. *Capitalismo, deseo y servidumbre*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2015.

Sobre el concepto feminista de *consentimiento*

Una de las formas más habituales de la opresión es la violencia sexual, ejercida sobre mujeres o grupos vulnerables (por razones de edad, clase o raza, entre otras). La lucha feminista y los estudios de género han planteado el problema del «consentimiento» hasta convertirlo en una propuesta legislativa en diferentes ámbitos y países. El concepto, sin embargo, no deja de tener ambivalencias que el propio movimiento feminista pone sobre la mesa. Más allá de *permitir* o *no oponerse*, ¿qué es *consentir*? Y la posibilidad del consentimiento, ¿desde qué condiciones para tomar decisiones es realmente libre?

3. Servidumbre cultural

Con la consolidación del estado moderno y de sus formas de poder, la esfera pública se constituye como sistema de la cultura. La disolución del poder teocrático y de la sociedad estamental hace de la cultura el medio principal desde donde se da forma y sentido a la vida colectiva, las relaciones de pertenencia y los mecanismos de obediencia. Frente a los vínculos por obligación (religiosa, de linaje y de vasallaje), el sistema de la cultura es el encargado de forjar al ciudadano libremente obediente: tiene que articular, al mismo tiempo, su autonomía como sujeto y su obediencia como ciudadano.

3.1. Adhesión y contrato

En el estado moderno, el contrato es la forma del vínculo: contrato social y contrato laboral. Y el contrato presupone, aunque sea formalmente, la libre adhesión de las partes. ¿Cómo podemos orientar la libre adhesión? ¿Por qué con unos y no con los otros? ¿Y hasta dónde se extienden las exigencias de la implicación mutua? La cultura moderna moviliza dos ideas: la identidad nacional y la prosperidad económica como argumentos principales de la libre adhesión. La servidumbre voluntaria, desplegada ahora como servidumbre cultural.

Hegel, el filósofo que reúne la idea de formación (Bildung) de la humanidad y su culminación en la forma Estado, explica muy bien cómo opera el sistema de la cultura en esta tarea de libre subordinación. Escribe en *Filosofía del derecho*:

«La cultura es, por lo tanto, en su determinación absoluta la liberación y el trabajo de liberación superior [...]. Esta liberación es en el sujeto el trabajo duro de la cultura contra la mera subjetividad de la conducta, contra la inmediatez del deseo, así como contra la arbitrariedad del gusto. Que este trabajo sea duro constituye parte del poco favor que recibe».

Lo que hace la cultura, por lo tanto, es liberar al ciudadano de los particularismos para integrarlo en el estado. Liberarlo de la inmediatez para obligarlo a la mediación. Emanciparlo de la arbitrariedad para despertarlo hacia el punto de vista de la universalidad. Emancipación y sujeción, libertad y obediencia se encuentran con una existencia sin fisuras. La autonomía se ha reconfigurado en autoobediencia. Pocas décadas más tarde, Freud, en *El malestar en la cultura*, analizará el dolor de esta integración, represiva y forzada, y sus entrañas psíquicas y políticas.

Simone Weil y las causas de la opresión

En el año 1934 una joven Simone Weil escribe un opúsculo contundente contra el idealismo revolucionario que todavía funciona dentro del materialismo de Marx, y muestra cómo es que la opresión (de una clase sobre otra) no puede entenderse solo como una función. Propone dar un paso más y mostrar cómo el poder, necesario para luchar contra la naturaleza y las necesidades que impone a los humanos, se convierte en una lucha incesante por el poder. El medio se convierte en un fin que ningún logro puede parar. Tener el poder, ¿para qué? Para seguir teniendo el poder.

Lectura recomendada

Simone Weil. *Reflexión sobre las causas de la opresión social y la libertad*. Trotta, 2015.

3.2. La crítica como forma de resistencia

Frente a la servidumbre cultural, la crítica radical hace suyo el combate contra la credulidad y sus formas de opresión y se convierte en crítica de la cultura. Es decir, en desenmascaramiento de la cultura como sistema de sujeción política. Esta crítica no es la que se desprende de la mirada de un juez externo, inmune, sino el autodiagnóstico del cuerpo y de las mentes doloridos, sometidos por el mismo proyecto de la cultura y su responsabilidad política.

Nietzsche, entre otros, desenmascara en la cultura de la Europa de su tiempo los valores de una moral resentida y enfermiza. El Romanticismo destapa la alienación silenciada bajo los éxitos de la burguesía. El feminismo descubre la discriminación política, productiva y reproductiva que encubre el discurso de la emancipación universal. Walter Benjamin señala este reto que las narraciones de progreso, incluso las revolucionarias, están dejando perder. La teoría crítica de sus compañeros de la Escuela de Fráncfort denuncia la violencia de la industria cultural y sus efectos destructivos. Las diferentes escuelas del pensamiento poscolonial demuestran la relación intrínseca entre colonialidad y modernidad.

Y así, hasta nuestros días, en los que las instituciones globales de la cultura se han convertido en la sede permanente de la crítica cultural. Este es el caso, muy especialmente, de los museos de arte contemporáneo, pero también de los estudios culturales, de las facultades de filosofía y de ciencias humanas y de una parte del ensayo de pensamiento contemporáneo. El problema es que cuando la cultura se reduce a ser crítica de la cultura, su autonomía queda condenada a la autorreferencialidad: la filosofía como crítica de la filosofía, el arte como crítica de la institución del arte, la literatura como crítica de las formas literarias...

Esta circularidad cerrada es parte de una experiencia del no-futuro, puesto que se trata de un ejercicio de la crítica que solo puede moverse entre lo que fue y la imposibilidad de ser otra cosa. Como un circuito de agua cerrada, aparenta movimiento, pero no va a ninguna parte mientras se pudre. El reto hoy es salir de este bucle y situar la necesidad de la crítica en sus raíces: la denuncia de las relaciones entre el saber y el poder no tiene interés por ella misma, sino que solo adquiere valor en sus efectos emancipadores. Es decir, en la medida en que nos devuelve la capacidad de elaborar el sentido y el valor de la experiencia humana desde la afirmación de la libertad y la dignidad.

3.3. De la salvación a la emancipación

Los primeros ilustrados ya advirtieron de este peligro. Lejos de creer ingenuamente que la ciencia y la educación redimirían por sí mismas al género humano del oscurantismo y de la opresión, lo que planteaban era la necesidad de examinar qué saberes y qué educación contribuirían a la emancipación, y sospechaban de cualquier tentación salvadora.

Hay que leer muchas veces los discursos de Rousseau (sobre la desigualdad y sobre las artes y las ciencias) y *El sobrino de Rameau*, de Diderot, entre otros textos, para no simplificar el alcance del desafío ilustrado. Ambos, desde su inicial amistad y desde su posterior distancia, eran plenamente conscientes de que la cultura de su tiempo era la coartada principal de un sistema de poder hipócrita y adulator que reproducía, desplazándolas, las anteriores relaciones de poder. Del mismo modo, el feminismo también nace en este momento, como una voz que pone un acento propio al deseo de emancipación, más allá de sus parámetros universalistas, basados en la mirada abstracta del patriarcado blanco y occidental.

Escribe Rousseau en el *Discurso*: «Las sospechas, las sombras, los temores, la frialdad, la reserva, el odio, la traición siempre se ocultarán tras el velo uniforme y pérfido de la buena educación, esta urbanidad tan elogiada que debemos a las luces de nuestro siglo». Pero no es solo Rousseau, el desengañado, arisco y prerromántico.

También Diderot, «le philosophe», hombre de su siglo, muestra los límites del dogma ilustrado cuando Rameau, el pariente desgraciado del gran músico del momento, es descalificado por sus señores con las siguientes palabras: «Parece que quieres tener sentido común, entendimiento, razón, ¿verdad? Pues vete de aquí. De esto ya tenemos nosotros». La obra *El sobrino de Rameau* retrata con esta actitud la posición de una clase dirigente que empieza a monopolizar y a instrumentalizar el acceso a la cultura y al conocimiento.

Rousseau denunciaba que el desarrollo cultural y el desarrollo moral se habían desacoplado. Diderot mostraba las relaciones de dominación económica que sostenían el simulacro de moralidad y de sensibilidad estética de la sociedad ilustrada. Tanto Rousseau como Diderot entrevieron la servidumbre cultural que la Ilustración empezaba a alimentar. Los dos denunciaron el simulacro y alertaron contra toda ingenuidad culturalista.

Por su parte, en la Inglaterra de 1792 Mary Wollstonecraft escribía:

«Con la apuesta ilustrada nació, pues, su propia crítica; con la confianza, la sospecha: esta es la actitud fundamentalmente ilustrada, una actitud en la que la autocrítica no se confunde con la autorreferencialidad, sino con la autoexigencia. Esta relación implacable entre la apuesta emancipadora y la crítica de sus propios peligros es lo que necesitamos actualizar hoy».

Lecturas recomendadas

Denis Diderot. *El sobrino de Rameau*. Galaxia Gutenberg, 2020.

Jean-Jacques Rousseau. *Discurso sobre las ciencias y las artes. Sobre la desigualdad entre los hombres*. Alianza Editorial, 2012.

Mary Wollstonecraft. *Vindicación de los derechos de la mujer*. Penguin Clásicos, 2020.

4. Servidumbre adaptativa

Los análisis sobre el capitalismo actual, como sistema de vida mucho más profundo que un determinado dogma económico, señalan siempre la idea de que el poder, en el neoliberalismo, es un procedimiento. Es un procedimiento que da forma a las subjetividades íntimas y políticas y que impregna, por lo tanto, lo que desde el inicio de este texto llamábamos las artes y maneras de hacer. La autoridad no se ejerce a partir del qué sino del cómo.

A pesar de que en los últimos tiempos están apareciendo nuevos límites y confrontaciones, las sociedades occidentales han basado la relativa paz de las últimas décadas en un doble pacto: a escala social, el New Deal consistía en paz social a cambio de distribución de la riqueza (por la vía del salario, los derechos y el estado del bienestar). También podríamos hablar, así, de un New Deal cultural, que consistiría en libertad de expresión (de culto, de cátedra, de opinión, etc.) a cambio de estandarizar los canales institucionales y los protocolos de funcionamiento.

4.1. El enigma de la docilidad

Foucault describió los mecanismos de la docilidad productiva en el libro *Vigilar y castigar*. Explica cómo a partir del siglo XVIII el soldado ya no solo es reclutado, sino que es fabricado. Del mismo modo, el súbdito, el trabajador o el ciudadano se convierten en figuras por fabricar a partir de las instituciones totales, como la escuela, la fábrica o el ejército. Respecto de las formas de docilidad anteriores, como el vasallaje o las practicadas en las órdenes monásticas, la docilidad productiva tiene la peculiaridad de ser «un arte del cuerpo humano que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el propio mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés».³

⁽³⁾Michel Foucault. *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, 2018, pág. 141.

Por lo tanto, se trata de una docilidad que no es el efecto pasivo del dominio, sino de una relación de fuerzas paradójica: «la disciplina aumenta las fuerzas (en términos económicos y de utilidad) y disminuye estas mismas fuerzas (en términos políticos y de obediencia)». Transforma, pues, el poder del cuerpo en una aptitud y en una relación de sujeción a la vez. Cuanto más capaces, más subyugados. La educación obligatoria de los estados modernos, europeos y coloniales ha practicado precisamente este arte de la docilidad: capacitar para explotar, educar para someter mejor.

En el capitalismo cognitivo que se ha desarrollado a finales del siglo XX y principios del siglo XXI, esta relación se sofisticada, pero se mantiene: cuanto más informados, más dominados por la actualidad; cuanto más conectados, más ligados a la sociedad de consumo y sus ritmos; cuanto más formados, más

⁽⁴⁾Michel Foucault, *op. cit.* (pág. 142).

adaptados y más crédulos. El acceso a lo que llamamos *conocimiento* no nos hace más libres ni más capaces de participar críticamente y en igualdad de condiciones en la vida social. Como los cuerpos dóciles de Foucault, nuestras mentes y nuestros cerebros son «sometidos y ejercitados»⁴ al mismo tiempo. Lo que ha cambiado es que el poder político y económico, en el capitalismo actual, no pretende fijar el orden ni estabilizarlo. El soberano, ya sea el dirigente político, el director general, el gerente o el padre de familia, decide y gobierna con su capacidad de monitorizar el desorden y de controlarlo a partir de cada vez más datos. El orden se convierte, así, en un régimen de disrupción cotidiana controlado milimétricamente.

4.2. Disrupción y adaptación

El poder actual no busca la estabilidad. Por este motivo, *disrupción* es la palabra de moda que es más que una moda. Es un síntoma, una señal. En el campo de la pedagogía también ha triunfado. Creada el 1995 por Clayton M. Christensen en el *Harvard Business Magazine*, este neologismo señala la virtud de la ruptura o interrupción brusca en el ámbito de los negocios. Si el empresario buscaba el crecimiento y la prosperidad a partir de la innovación, el emprendedor actual quiere acabar con lo establecido para posicionarse. La novedad no reside en el producto o en el servicio, sino en el campo que hace posible la irrupción. Por eso, necesita generar caos y confusión, hacer estallar el ámbito de lo pensable para abrirse a lo impensado. El acontecimiento, siempre único y excepcional, se convierte en el centro operativo de la ideología de los negocios, de la política y de la cultura. Actualmente, esta ideología impregna muchos ámbitos de la vida. ¿Qué formas de obediencia pueden corresponderse con un orden disruptivo?

El estado moderno, que subordinaba normalizando, dando paz a cambio de obediencia, ahora se ha convertido en un estado de excepción permanente. Las emergencias económicas, climáticas y sanitarias se superponen y adoptan una nueva forma de normalidad. Las decisiones sobre la vida, personal y colectiva, muy a menudo quedan en suspensión y se instalan en lo irresoluble. En los diferentes ámbitos de la vida social, también en la educación, se hacen muchas cosas que en realidad no resuelven nada. Son la gestión de lo irresoluble, que como mucho frena o retrasa un problema más grave. Este estado de indeterminación, en el que nunca acaba de saberse quién decide qué y hasta dónde, se despliega a partir de un continuo de acciones, normas, procedimientos, excepciones, etc. No hay un antes y un después, sino un tiempo borroso sin dirección clara.

Desde la ideología disruptiva, la subjetividad contemporánea se construye como una respuesta continua al cambio de marcos. La acción exitosa es la que consigue adaptarse mejor al cambio de situación. Si los marcos establecidos están estallando bruscamente y de manera seguida, la mejor acción es la que se sitúa en estas rupturas de la manera más acertada posible y se beneficia de ellas. El estado de excepción permanente combina, así, dos lógicas: la de

la obediencia/desobediencia y la de la adaptación/inadaptación. En un orden que se alimenta del caos, un sistema basado en la obediencia simple no es lo suficientemente eficaz.

La obediencia tradicional necesita cierta estabilidad de las normas y un límite reconocible entre el dentro y el fuera del propio sistema. Esto implica un ejercicio del poder basado en un régimen claro y previsible de distinciones. Cuando lo que domina es la disrupción, en cambio, lo que encontramos es una proliferación de leyes y de normas que multiplican los casos y las posibilidades de estar desobedeciendo, incluso sin saberlo. La combinación entre normas administrativas, penales, cívicas, etc., hace muy difícil saber cuándo empieza la desobediencia. Por eso, no basta con obedecer; hay que estar adaptándose permanentemente.

Hoy cualquier ciudadano es, pues, un desobediente en potencia, un sospecho antes de haber hecho ninguna acción ni haber tomado ninguna decisión, un inadaptado sin tener esta voluntad. Esta situación de doble lógica afecta directamente al sistema educativo y los aprendizajes en general. No basta con ser obediente: el buen alumno, el buen aprendiz del sistema de la servidumbre adaptativa es el que responde mejor y de manera más creativa y disruptiva a las exigencias de un entorno imprevisible y cambiante. Dicho de una manera más fácil: el que se adapta mejor a unas circunstancias que no cambian, sino que convierte en una cartera de oportunidades.

El régimen de obediencia de las fronteras

Las fronteras no solo limitan territorios, sino que organizan todo un complejo sistema de obediencias y de subordinaciones, a un lado y al otro de sus demarcaciones. Esto es lo que demuestra el estudio monumental de Mezzadra y Neilson, para los cuales es importante llevar la comprensión del sistema fronterizo al continuo de normas, legislaciones, permisos, papeles, sistemas penales, relaciones culturales, los que organizan el mundo fronterizado. Contra la imagen relativamente estable del mapa de los estados, este sistema también funciona de manera cambiante y precisa, con legislaciones y procedimientos que convierten al migrante en un solicitante que tiene que ir adaptándose continuamente y en un delincuente potencial incluso si está allí donde esté en condiciones «legales».

Lectura recomendada

Sandro Mezzadra y Brett Neilson. *La frontera como método*. Traficantes de Sueños, 2017.

Bibliografía

Camus, Albert. *El hombre rebelde*. Alianza Editorial, 2013.

Comité Invisible. *Llamamiento y otros fogonazos*. Antonio Machado Libros, 2009.

Comité Invisible. *La insurrección que viene*. Logroño: Pepitas de Calabaza, 2020.

Foucault, Michel. *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Fondo de Cultura Económica, 2006.

Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Siglo XXI, 2018.

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* (vol. 1). Siglo XXI, 2019.

La Boétie, Étienne de. *Discurso de la servidumbre voluntaria*. Trotta, 2019. [Versión catalana: *La servitud voluntària*. Quaderns Crema, 2001]

Lordon, Frédéric. *Capitalismo, deseo y servidumbre*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2015.

Solnit, Rebecca. *El arte de perderse*. Capitán Swing, 2020.

Thoreau, Henry David. *Desobediencia civil y otros escritos*. Alianza Editorial, 2012.

Weil, Simone. *Reflexión sobre las causas de la opresión social y la libertad*. Trotta, 2015.

